ranza de vuestra crueldad? ¿ignorais que la luz que os esforzais en eclipsar, no permanecerá para siempre encubierta? la verdad sabrá desenmascarar vuestros designios: ella os cubrirá de una vergüenza eterna. El Señor vengará al inocente oprimido: tomará la defensa de la viuda y del huérfano: lanzará sus rayos sobre el impío opresor, que los tenia cautivos; romperá sus cadenas, y hará triunfar su debilidad del injusto poder de sus perseguidores.

¡Gran Dios! confundid la malicia del detractor mañoso, del impudente calumniador; vengadme de su impostura: derrivad, destruid la obra de esos hombres de iniquidad: cerrad esas bocas indiscretas, que publican con audacia las mentiras que el artificio inventa para sorprender una débil credulidad. Yo he callado en su presencia: he puesto mi confianza en Vos: espero en un humilde silencio que os declareis por mí.

Vos sois el Árbitro Supremo, el único juez de vivos y muertos; no permitais que mis

acusadores osen hacerse tambien mis jueces. Libradme de sus asechanzas, separadme de sus manos crueles, confundid para siempre sus designios.

ARTÍCULO XXI.

Del vicio que domina en nosotros.

Non dominetur mei omnis injustitia. Que ninguna injusticia me domine, *ni se apodere de mi corazon.*—Ps. 118 v. 133.

El mas peligroso, sin duda, de todos los vicios, es aquel que domina con mayor imperio en nuestro corazon. Es una fuente inagotable de donde sacan su corriente todos los otros pecados. Apresurémonos á descubrirlo y conocerlo: porque de otra manera no podremos desarraigarlo de nosotros: quitémosle el velo pérfido, bajo del cual oculta su injusticia: menester es buscarle en el fondo de nuestro corazon, que es donde está.

¡Pasion fatal! tú sola reunes todos nuestros deseos, á tí se replegan todas nuestras inclinaciones: tú sabes aderezarte siempre una habitacion en el fondo de nuestra alma: seduces nuestra razon y derramas una secreta ponsoña en nuestros sentidos, te transformas, por decirlo así, en nuestra propia sustancia, y te das maña para que nuestra misma razon sirva á tus designios: la obligas con frecuencia á justificar tus caprichos, y la haces cómplice de tus estravios.

¡Ay! esto lo esperimentamos todos los dias: todo lo que nuestro corazon ama nos parece justo.

¿Cómo no temblar á la vista de una ilusion tan funesta, que ha venido á ser tan comun, me atrevo á decirlo, por la depravacion del espíritu humano?

¡Oh Dios que todo lo podeis! arrancad de mi corazon en este mismo momento ese pecado, que está mas arraigado que todos los otros, porque se ha incorporado en mis costumbres y mi temperamento.

¡Ah! todos los otros vicios nos parecen de al-

gun modo estraños, al paso que celebramos una estrecha alianza con éste: él solo ocupa nuestros pensamientos, y dá una secreta influencia á todas nuestras acciones, y por último, conduce sus esclavos hasta el sepulcro. Sí, se muere casi siempre como se ha vivido. Triste y funesto efecto de una pasion artificiosa, pero querida.

¡Oh cielo! ¿será esto bastante para inspirarnos contra ella un justo horror, y para empeñarnos en prevenir sus terribles consecuencias?

En los mas secretos repliegues de nuestro corazon, es en donde debemos buscar ese vicio, y atacarlo hasta los últimos atrincheramientos de nuestro amor propio.

¡Gran Dios! yo necesito para combatirle que Vos me ayudeis, y que me ilumineis para conocerle. No permitais que se me esconda. ¡Ah! mi error, no podrá sino causar mi pérdida. Dignaos, pues, porque temo un engaño, dignaos descubrirme todos sus diversos artificios: hacedme ver todo el peligro, para que lo tema y me asegure contra

él: mostrádmele en toda su fealdad, á fin de que le deteste y le huya.

En todo tiempo me ecsigis el sacrificio de esta imperiosa pasion. Perdonad, Señor, perdonad una injusta y culpable resistencia: una ceguedad deplorable es la que ha embarazado mi brazo hasta aquí, y me ha impedido herir á un monstruo, que habria visto con horror, si lo hubiera conocido.

Vuestra voz, ¡oh Dios mio! derriba, cuando le place, los cedros del Líbano; una caña ¿se atreverá á resistirle? Vos habeis separado el dia de la noche, creando la luz; separad de la misma manera los vapores sombríos que se levantan del fondo de mi corrupcion.

Vos quereis de mí que inmole á vuestra santidad ese vicio dominante, ese hijo caro de mi corazon, que sustento á pesar de vuestra prohibicion: sostened, pues, mi mano vacilante, y dirigid Vos mismo los golpes que va á descargarle: dadme la constancia y firmeza de Abraham: haced que marche sin cesar por las huellas de su fe. Él no

vaciló en ofreceros lo que tenia de mas querido, por mas natural y legítima que fuese su ternura: haced, por lo menos, que yo no os rehuse el injusto objeto de la mia. Vos podeis con una sola palabra, convertir las piedras mismas en hijos de Abraham: obrad en mí este prodigio: ablandad mi corazon, hasta aquí insensible, aún á sus mas caros intereses: hacedle dócil y humilde, y haced, por último, que todo lo renuncie por obedeceros.

ARTÍCULO XXII.

Del amor desordenado de nosotros mismos.

Qui amat animam suam, perdet eam.
El que ama á su alma, la pierde.—
Joan. 12.

Escuchemos, ahora que es tiempo, la voz de la sabiduría, prestemos oido á sus lecciones. No es esa vana y frívola sabiduría, esa ciega prudencia de la carne; es el oráculo

infalible de la verdad eterna: ¿podremos no creerla, ni somernos á alla? El que se ama, nos dice, con amor desarreglado, el que no sujeta prontamente las inclinaciones viciosas de su corazon, el que tolera sus defectos, lisongea sus pasiones insensatas; y en fin, el que lleva su indulgencia hasta perdonar contra el mandato del Señor, una carne criminal y rebelde, y á preferir un débil interés de poca duracion, al grande y único de la eternidad; ese desgraciado pierde su alma, y la precipita, por un amor mal entendido, en un abismo horroroso de males infinitos.

¡Oh cielo! ¡sin duda así es, como yo me he amado, ó mas bien, así es como me he aborrecido! ¿Qué amor es éste tan insensato, que pierde, destruye y arrasa con todo? ¿Qué amor es éste tan peligroso, cuyos efectos son cien veces mas crueles que los del odio?

¡Ah, alma mia! sobrada razon tienes para hacerme los reproches mas amargos. Prorrumpe, clama, tù indignacion es demasiado justa: yo mismo he clavado un puñal

en tu seno, todas las veces que he lisongeado los deseos injustos del placer. ¡Ah! nunca sabrás bastantemente aborrecerme por haberte amado tan mal.

¡Sér espiritual, hecho solo para el cielo, yo os he dejado arrastrar sobre la tierra! ¡Sér glorioso, inmortal, yo os he sacrificado á un vil cieno! Bajo de las esterioridades de una vana amistad, yo os he puesto entre las manos del odio mas funesto. ¡Oh alma mia! estoy penetrado de toda la justicia de tus lamentos. Mas, ¡ay! ¿quién me dará esos sentimientos generosos y duradero que vos tendriais derecho de esperar de mí, si esta carne frágil y desdichada, si el peso funesto de mi corrupcion no me arrastrára sin cesar hácia la tierra? ¿Quién me librará de este cuerpo de pecado [S. Pabl. Rom. 7. 24]? ¿quién me inspirará ese santo odio, él solo capaz de producir en mí los efectos del mas tierno y verdadero amor?

Sed favorable, ¡gran Dios! á los justos deseos de mipobre alma: escuchad su dolor, empuñad Vos mismo con vuestra mano fuer-

te el cuchillo saludable, que yo no tengo fuerza ni valor para tener; cortad hasta lo mas vivo de esa llaga cárdena, separando cuanto tiene corrompido, pues vuestros ojos la descubren mucho mejor que los mios: no escucheis los clamores y repugnancias de mi flaqueza: amadme como yo no he sabido amarme. ¡Ay! todo mi amor se ha limitado hasta aquí á alejar de mí los males pasageros y frívolos, sin precaver los eternos que así me preparaba.

Que vuestro amor, al contrario, no escuse entregarme á los rigores de un aborrecimiento aparente, para escusarme de los males reales de un espantoso porvenir. No me perdoneis en el tiempo (S. Agust.) á fin de que me salveis en la eternidad. Que muera desde ahora con esa muerte interior y universal que rompe en nosotros los nudos de toda aficion, y divide nuestra alma de ella misma, haciendo que no se busque á sí misma, á fin de hallaros y poseeros para siempre.

Venid á ser para mí un Esposo de San-

gre (Exod.), que no por eso sereis menos amado de mi corazon. ¿Qué importa que mi alma esté triste hasta la muerte? ¿qué importa que esperimente aquí abajo los efectos de una fingida frialdad, con tal que reciba allá en el cielo los gloriosos testimonios de un amor constante y sin límites?

ARTÍCULO XXIII

De la necesidad de la Penitencia.

Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.
Si no hiciereis penitencia, todos perecereis.—S. Luc. 13.

¿Creemos este oráculo terrible? y si los creemos, ¿cuál es nuestra locura en no apresurarnos á prevenir, por la mas sincera conversion, los funestos efectos de tan espantosa amenaza? ¿Se la puede escuchar sin estremecerse? Y escuchándola, ¿se puede conservar todavia una vana esperanza?

Dejemos de lisonjearnos, la inocencia ó la

penitencia son los únicos caminos para el cielo. ¿Con cuál de los dos títulos queremos pretenderlo? ¿Somos inocentes? ¿somos penitentes? ¿Hemos conservado el tesoro precioso de la gracia? ¿lo hemos recobrado siquiera por un amargo arrepentimiento? Hijos desgraciados de un padre desobediente y culpable, ¡ay! todos nacimos esclavos de un primer pecado, al que luego añadimos nuestras iniquidades voluntarias: sí, nos estraviamos casi todos desde el vientre de nuestras madres. El primer uso de nuestra libertad es una injusta eleccion: nuestras primeras inclinaciones son crímenes: nuestra razon no se desarrolla, ni crece sino sobre los despojos de nuestra inocencia; y su débil luz no comienza á herir nuestros ojos, sino para hacernos mas miserables.

¿No es una verdad demasiado cierta, aunque muy dolorosa, que son muy pocas las almas puras que jamas han empañado el brillo de su santa regeneracion?

Todos somos pecadores, ¡oh Dios mio! y vuestra santidad no descubre en nuestro co-

razon sino manchas. No nos queda mas de un solo recurso; pero ¡ay! ¿nos aprovechamos de él? La penitencia es esa venturosa tabla, que despues del naufragio, puede todavia conducirnos al puerto; pero es preciso que sea una sincera penitencia, que rompa nuestro corazon, humille nuestro espíritu, someta nuestro cuerpo, y nos haga tomar por nuestra cuenta, aun contra nosotros mismos, los intereses del cielo, al que hemos ofendido con tantos crímenes. Es menester que un dolor amargo y continuo presente siempre á nuestros ojos los tristes recuerdos de nuestros delitos: menester es que los objetos de que nuestra corrupcion ha abusado tan desgraciadamente, vengan á ser la víctima de nuestros sacrificios: que todo lo que ha podido fomentar nuestros desórdenes, lo miremos como criminal: y es menester, por último, que un santo aborrecimiento de nuestra carne, nos haga expiar los vergonzosos deslices de nuestra vida, que una humillacion profunda destruya para siempre nuestro orgullo, y que reparemos, en fin,

todas nuestras culpas con los saludables rigores de una penitencia proporcionada. Por este solo medio es como podemos todavia aplacar el celestial enojo.

Y bien, ¿es este el camino estrecho por donde me he conducido hasta aquí?

¡Gran Dios! ¿me atreveré á decirlo? ¡O dolor! yo acaso os he ofendido tanto por la flojedad de mi penitencia, como por el desarreglo de mis costumbres. Lo que debiera satisfacer mis deudas no ha servido sino para aumentarlas.

¡Oh cielo! ¿qué debo yo esperar sino perecer miserablemente? ¿Qué injusta seguridad puede todavia tranquilizar mi alma, despues de un decreto tan formal, pronunciado por la verdad y la misericordia misma?

Si, Señor, si, Vos sois el que vivamente conmovido de la suerte horrorosa que me amenaza, quereis hacermela evitar; ¡y yo me obstino todavia en despreciar vuestras bondades, asi como vuestras venganzas! el cuchillo está ya levantado sobre mi cabeza, y no pienso sustraerme de sus golpes!

Alumbrad, ¡oh Dios mio! una ceguedad tan funesta: triunfad de mi indolencia, haced que un justo terror despierte mi desidia, que un santo rigor expie mis pecados, y en fin, que un amor generoso abrase mi alma.

Vos sois el consumador de mi fé, sedlo de mi penitencia; que yo beba vuestra sangre, y me encienda en el celestial ardor de vuestras llagas, con un fuego puro y divino que me haga digno de Vos.

ARTÍCULO XXIV.

Sentimientos de una alma desengañada del mundo que se convierte á Dios.

Discedite á me, omnes qui operamini iniquitatem.
Separaos de mi todos los que obrais la iniquidad. Ps. 6.

¡Honores quiméricos, frívolos placeres, bienes perecederos, desapareced de mis ojos desengañados! ¡Mundo seductor, amor insensato, huid, alejaos de mí! vosotros ha-

beis miserablemente tiranizado mi corazon; vosotros habeis abusado en demasia de mi credulidad y mi flaqueza: hoy reconozco mi error. La gracia se ha dignado ilustrarme: huid, disipaos á su luz, como un sueño que la claridad de la mañana hace desaparecer. ¿Qué ha sido todo esto, en efecto, sino una tierra miserable á la cual mi ceguedad habia hasta ahora prestado tantos encantos? ¡Ay! es un campo cuyas débiles flores nos prometen siempre dulces frutos, sin producirlos jamas. Es un desierto árido, donde no se pisa sino sobre abrojos, cuyas agudas puntas ensangrientan á cada paso el pié del viajero fatigado.

Ciego como era, ¿qué es lo que buscaba? ¿la felicidad sobre la tierra? ¡vana espresion! ¡pero todavia mas vana esperanza! Ah! ¿podré contar los suspiros y cuidados infructuosos que he gastado en esta inútil solicitud?

¡O Vos! cuya misericordia gratuita acaba de abrirme los ojos: oh Vos! cuyo nombre no me atrevo á pronunciar antes que

hayais purificado mis labios; Vos á quien tan poco he temido, y á quien ahora deseo tanto amar, ¿cómo retribuiré á vuestra clemencia, que se ha dignado sacarme del abismo profundo en que me habian precipitado mis desórdenes?

¿Menester es lavar con mis lágrimas y con mi sangre el crímen de mi indiferencia pasada? ¿Es menester ofreceros, ¡oh Dios mio! aunque demasiado tarde, una vida que toda entera debiera haber sido consagrada á Vos, y que yo he dedicado á indignos pasatiempos? Hablad, Señor; yo rompo, desde este momento, todos los lazos que me han ligado al mundo: renuncio á todos los compromisos que con él tenia, y le digo un adios eterno.

¡Que todos esos vanos fantasmas, que todos esos falsos amigos, que todos esos cómplices de mis estravíos se retiren y sean para siempre cubiertos de confusion! (Ps. 61.) Mis deseos, mi empeño y mis cuidados serán en lo de adelante por Vos solo, ¡oh Libertador de mi alma! Vos sois

quien la ha llamado de los tristes caminos que la conducian á su perdicion. La voz de vuestra ternura es la que se ha hecho escuchar dentro de mi corazon, aun en medio del tumulto de las pasiones: ella es la que pone en él los piadosos sentimientos que esperimenta, y le conducen á vuestros piés para que le pongais un sello indeleble. Acabad vuestra obra, Señor, apretad fuertemente los lazos por los cuales os habeis dignado unirme á Vos! Un amor generoso se obliga por sus propios beneficios. ¿Y hubo alguno jamás mas tierno y mas desinteresado que el vuestro? ¡Ay! él no ha encontrado en mí sino un abismo de corrupcion: ved lo que he ofrecido á vuestros ojos; mas nada ha sido capaz de contener vuestra misericordia. Ella me ha llamado con un santo empeño: el abismo ha oido vuestra voz, esa voz de dulzura y de fuerza, cuyos encantos me han arrancado del mundo y sus placeres seductores.

Vuelvo á decir otra vez, ¿cómo os retribuirá mi reconocimiento? hablad, Señor, ved-

me pronto á toda empresa, á tentarlo todo, para indemnizaros, si es posible, por una tan ecsesiva y culpable frialdad. Por Vos yo podré, ¡oh mi Dios! todo lo que Vos querrais. Hablad, mi corazon está dispuesto á lanzarse sobre mil cuchillos y mil hogueras de fuego: mi sangre arde y se derrama por vuestra gloria. ¿Qne no tenga yo mil vidas para consagraroslas todas á cada instante! ¡Qué no pueda yo doblar, en fin, con el ardor y vivacidad de mis sentimientos, el tiempo que vuestra misericordia se ha dignado concederme!

ARTICULO XXV.

Pesadumbre de una alma penitente á la vista de sus pecados.

Iniquitatem meam ego cognozco, et peccatum meum contra me est semper.
Conozco mi iniquidad, y mi pecado siempre está presente contra mí. Ps. 50.

Así es como un Rey penitente, oprimido por su dolor, y vivamente conmovido del